



Distinguida globalización²

Germán Villate Santander
Helena Pradilla Rueda

Los integrantes del Museo Arqueológico de Tunja y del Grupo de Investigaciones Arqueológicas e Históricas de la Uptc son, seguramente, un grupo de personas de esas que trasiegan desde hace unos 20 años un pequeño espacio de la geografía boyacense, prendidas de unas cuantas preguntas sobre ese espacio y sus habitantes; es lo que llamaríamos un grupo local, que piensa y habla desde la provincia.

Dentro del ordenamiento espacial de la Tunja prehispánica, en que se han reconocido espacios de mercados, de cultivos, de enterramientos, de viviendas, de cercados o centros políticos, religiosos, administrativos y habitación de principales; en el nacimiento y curso medio del río

²Texto presentado en la V Quincena de la Investigación Uptc. Panel de Globalización - Septiembre 2001. Tunja.

Farfacá se ha identificado, por la tradición oral como la “Cuca”, o sitios de formación de caciques y sacerdotes en la literatura colonial de los siglos XV y XVI, un gran corredor de pinturas y las moyas rupestres, en los límites entre Tunja y Motavita.

El interés por conocer esta parte de la Tunja prehispánica y el deterioro y destrucción que en los últimos años acusan las pinturas rupestres del río Farfacá, nos llevó a revisar la información documental y la demarcación del sitio ya que como se dice en Boyacá: “para conocer es necesario primero distinguir”. Así “distinguimos” un centenar de ellas, las hemos ubicado, calcado, fotografiado, medido, dibujado y registrado.

Distinguimos las piedras y empezamos a distinguir a las gentes que las rodean; fuimos pues a las veredas de Tras del Alto y Porvenir en Tunja, Ristá y Carbonera en Motavita, en busca de un objeto científico constitutivo del patrimonio cultural de la nación a preservar, y nos encontramos con el patrimonio vivo de las gentes: con la reflexión local, con el saber contemporáneo unido por los hilos invisibles a las gentes que hicieron las tallas y las pinturas. Empezamos, entonces, a descubrir lo que ellos distinguían, y, allí frente al espejo, a comprobar que buena parte de nuestra tarea ya estaba hecha, solamente que se había utilizado otro nomenclador. El registro de la comunidad es un registro vivo, cambiante, múltiple; donde las pictografías y las moyas se reinterpretan y se reinventan cada día, a partir de ese registro se predica: están siendo.

Las localizaciones hechas por geoestación perdieron buena parte de su sentido al enterarnos de que las piedras fueron trasladadas por el diablo desde otro lugar y de que aún por las noches se le siente trasegar con ellas, de tal manera que no sería extraño que las trasladara nuevamente. Lo que nosotros llamamos huellas por abrasión del cuaternario sobre una roca, tiene vida en el tiempo, y es la huella, el paso de la mula del diablo, y cuando hablamos de reutilización de las marmitas tenemos que corregirnos, pues las marmitas no han dejado de utilizarse nunca, tanto que el mismo diablo aún se sirve de ellas para batir la chicha. Pero no es el Diablo un personaje siniestro, encarnación del mal, sino un señor..., un dueño que pone orden, un personaje moralista que se aparece implacable a los borrachos, o “le da juete” a las mujeres que andan solas de noche “buscando lo que no se les ha perdido”.

Las piedras mostrencas, esas que aún no tienen marca, huella, ni dueño conocido, cumplen como ayer una función, lanzan un candidato a la Asamblea, dan testimonio de un amor con

corazón y todo, o sirven de soporte a la estatua de María Auxiliadora, como perpetuando el hálito sagrado de la Cuca, en donde se formaron generaciones de caciques y sacerdotes de los muiscas, según nuestra investigación documental.

El arte rupestre no es un ente independiente que mediante sus trazos abstractos refleja el pensamiento de los antiguos; las rocas con pinturas o con tallas están integradas a un entorno, a un paisaje. A diario, las encuentran los niños al venir a la escuela y son hitos como la casa de doña Jilomena, la de doña Glais, o la tienda de don Julio..., casas de las familias que se apellidan como los hombres, pero se nombran como las mujeres.

En este recorrido se destacan también las corrientes de agua como el Farfacá, que tiene diferentes nombres: los niños de Ristá simplemente cruzan “el río”; pero si se está en la parte alta, cerca a los nacimientos, se cruza “El Gavilán o el Chicamocha” o se dirá “el más grande río”; se le llamará “La Vega”, ya en las goteras de Tunja, o “Garbaquedaque”, como se le llama en la documentación colonial. Pero todos lo reconocen, lo mismo que reconocen en cada sector la quebrada de Florencia, La Tebaida, El Cangarejo, o se reconoce el antiguo cauce de El Infierno.

Otro tanto sucedió cuando al hablar de los caminos que estábamos pisando nos respondieron, no con los puntos cardinales, sino con el uso que se les daba...: el camino de los Romeros, es decir, el de los que van a cumplir promesas a Chiquinquirá o a San Lázaro; el camino de los Muertos, con la piedra donde ponen a los muertos mientras descansan los cargueros; el camino de la Loza, por donde viajan los tiestos; nos hablaron del camino viejo y del de los salteadores. Pero los caminos no sólo son los caminos, sino que a su vera se distinguen las guaraperías o los chircales, como hoy sobre la carretera se reconocen las tiendas o la fábrica de carrocerías.

De pronto aparece el tema del trabajo, y entonces reviven una historia de argucias familiares para procurarse el sustento; aparecen unos abuelos que en las guerras de fines del XIX, que concluyen con la de los Mil Días, empeñaron sus parcelas a los generales de la nación a cambio de comida, pues ellos, ante el temor de ser reclutados, no pudieron salir a jornaliar ni a cultivar sus tierras, convirtiéndose entonces en aparceros, en terrazgueros de las cuatro o cinco haciendas principales, que se repartían las tierras entre Tunja y Cucaita (Florencia, Casa Blanca, La Hortensia, el Oratorio).

Nos hicieron el daguerrotipo de las calles de una Tunja pueblerina, cuando se llegaba al mercado entrando por Telecom; y ellos, muchachos, sin deponer el chircate o el calzón de lienzo, a pie descalzo, caminaban tres pasos detrás del amo para cargar las compras, cuando apenas se construía la plaza de mercado, que hoy ha devenido en centro comercial. Y ya adultos, algunos se habían convertido en mayordomos de las haciendas, para cuando se hizo la carretera a Villa de Leiva, que reorientó el paisaje allá por la mitad del siglo XX. Y casi todos, por los sesenta, recuperaron su calidad de propietarios, cuando el temor a la ley de reforma agraria invitó a los hacendados a venderles parcelas o al Estado a adjudicárselas... Y allí continúan como pastores de ovejas, como cultivadores de pan coger, o como cosechadores de trigo, cebada o arveja. Pero las parcelas son demasiado pequeñas para dividir las, entonces han tenido que compartir el gusto de los guisos de cordero y el sagrado juego del turmequé, una vez por semana, con los tunjanos amigos de la buena chicha que llegan por la carretera en “colectivo”. Han aprendido los secretos de la construcción y se alquilan como albañiles en la nueva Tunja, siempre en crecimiento, y más de uno se ha hecho al camión de transporte de materiales.

Por fin, apareció una parte de nuestro objeto de estudio; algunas piedras con pinturas antiguas registradas por nosotros, también eran reconocidas, pero no como la piedra de 12 metros con pintura bicroma y dibujos geométricos, sino que se reconocía como “la piedra del policía”, con su quepis y todo, o “la piedra del libro”, donde la vegetación naciente va marcando las páginas..., o ese excepcional soporte que en nuestra nomenclatura se reconoce como Fr F 16, que se divisa desde todos los puntos cardinales, que fue identificada por los niños vecinos como “la piedra de los indios”, pues allí dejaron los antiguos sus mapas, y fue identificada por las gentes que están un poco más lejos como “la piedra de los muñecos”, por la figura de dos amantes que se besan en púdica formalidad.

Recogimos algunos nombres de su apretada topografía de las tinieblas, “El Infierno”, “Monte Negro”, “Monte Oscuro”, “Peña Negra”...; lugares en donde se combina una vegetación nativa con los cuentos de espantos que protegen los nacaderos de agua, y los sitios de aprovisionarse de leña. Allí solo se puede ir de día y hay que cumplir un cierto protocolo.

Pero en lo que sí estuvieron de acuerdo grandes, viejos y niños, fue que en las piedras o en sus alrededores está un Señor..., el mismo que las carga, las traslada o juega tejo con ellas..., ese que deja su huella para que no se olviden de que todavía existe, ese que marca su terreno y deja sus utensilios como testimonio de su presencia, el mismo que está dispuesto a confundir a los buscadores de tesoros o a castigar las borracheras de los hombres y los desafueros de las

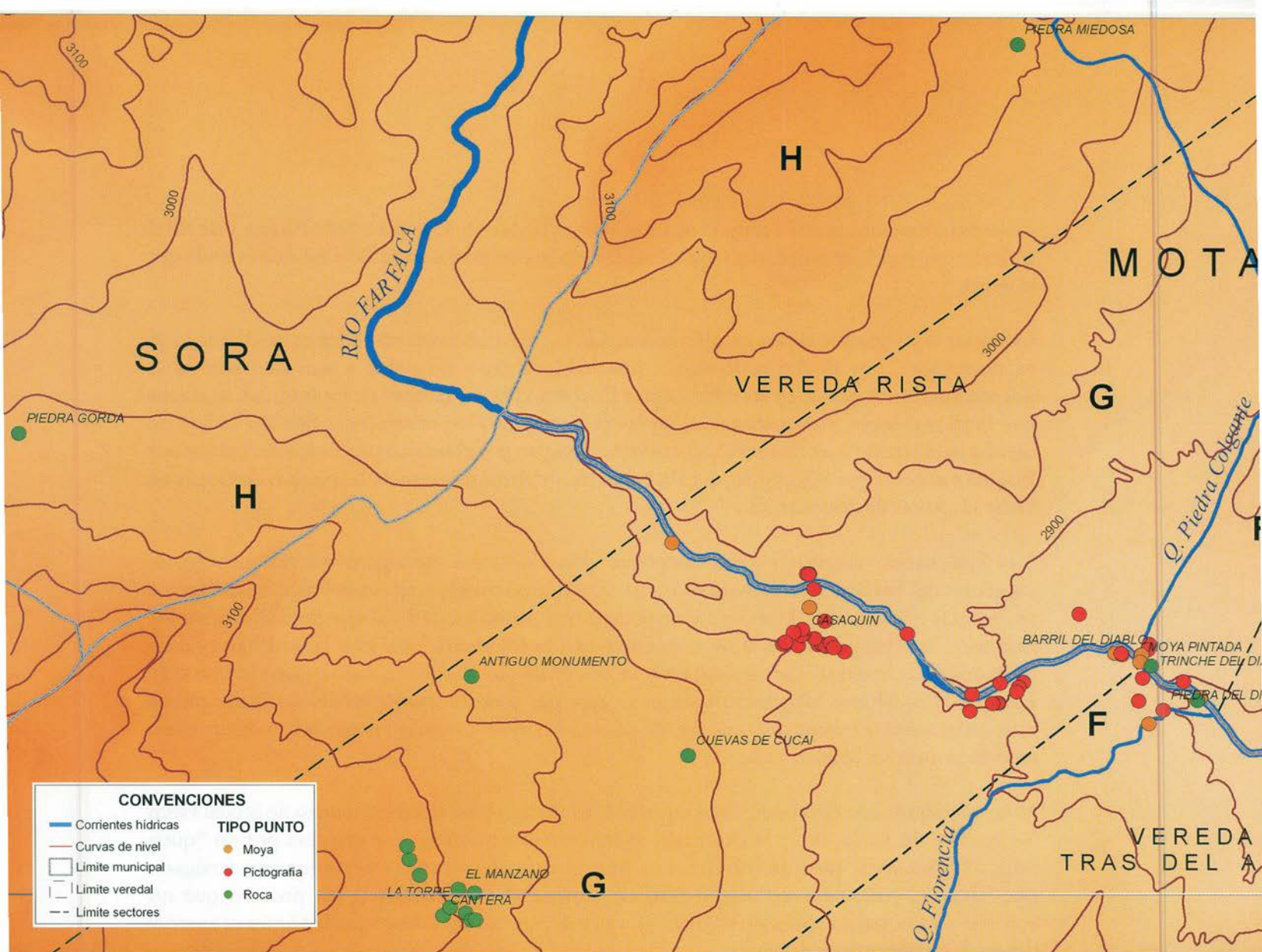
mujeres que andan solas. Él camina de unas a otras; de Monte Oscuro a Peña Negra, y de allí al Infierno, en donde se recuesta y deja las huellas de su cuerpo y aun las del casco de la mula que lo carga.

Ese dejar el testimonio de los caminos recorridos..., ese andar dejando huellas, en donde todo es discreción..., ya lo distinguíamos..., nos había llegado de oídas y aun de vista en la documentación colonial: en las referencias a Bochica, el héroe cultural de los muiscas, se afirma que dejó plasmadas sus enseñanzas; en las piedras pintó los telares para que los indios no olvidaran el arte de tejer... y en su recorrido pedagógico por el hábitat precolombino, al sur por Bogotá y al norte por Sogamoso, dejó la huella de su planta impresa en las piedras de Cota y en las de Iza, antes de desaparecer.

Y es aquí cuando tenemos que reconocer que apenas distinguimos algo del patrimonio vivo de las gentes del Farfacá. Esa manera de construir el pensamiento a través del tiempo, esa forma de integrar e integrarse al entorno constituyen una postura espiritual que los identifica y los mantiene; nos preguntamos si no constituye una herramienta local con la cual han podido sortear las exigencias de cada época; los muertos de las guerras civiles transitaron el camino de Iguaque al igual que los muertos de la Conquista, y descansaron sobre la misma piedra horadada, sobre la misma moya donde descansan y han descansado los que hoy y siempre han muerto porque les llegó su hora.

Nos preguntamos si esa concepción espiritual del tiempo y del entorno, dentro de la cual viven los vecinos de Tunja, no es la expresión aparentemente humilde, que empieza por un “quien sabe...”, para llegar hasta un “no conozco, pero sí distingo”; es en ellos un concepto arraigado que hace del conocimiento un proceso en constante construcción..., un proceso que no autoriza a nadie para imponerlo a otros..., y, aún más, que no deviene en verdad única ni corre el riesgo de convertirse en dogma.

Ese constante trasegar sobre sí mismos, sobre su entorno; el saberse herederos respetuosos del tiempo y del espacio en que transcurre, los hace dueños de su propia historia, y de la conciencia de su capacidad de transformarla cuando creen y sienten que ha llegado la hora...



En este catálogo hay descritas 120 piedras: 80 con pictografías, 20 moyas o piedras con huecos con posible uso cultural antiguo, y otras rocas que viven y reconocen por sus formas, sus historias los niños y adultos en las veredas del entorno del Río Farfacá y sus afluentes entre los municipios de Tunja y Motavita.



pictografías, moyas y rocas
 del Farfacá de Tunja y Motavita
 Colecciones Arqueológicas
 Museo Arqueológico de Tunja
 FrB/FrC/FrD/FrE/FrF/FrG/FrH/Sector B

